

TINGITANA EN LA ANTIGUEDAD TARDIA (SIGLOS III-VII)

Noé Villaverde Vega

(Real Academia de la Historia. Madrid 2001)

El amplio desarrollo que en los últimos años ha experimentado la investigación arqueológica de los primeros siglos de la historia de al-Andalus, especialmente en el Sur y Este peninsular, nos ha llevado a muchos a la convicción de que parte de los problemas existentes y de las discusiones planteadas, sólo podrán resolverse adecuadamente cuando dispongamos de un conocimiento amplio y sistemático de lo que había sucedido en los siglos anteriores a la invasión, no sólo en la Península, sino también en la orilla Sur del Mediterráneo. Si los estudios sobre la cultura material de época visigoda van aclarando lentamente la situación, los procesos que tienen lugar en la misma época entre las poblaciones de los actuales Marruecos y Argelia resultan en general más desconocidos, no sólo porque la investigación ha sido menor, sino sobre todo porque buena parte de ella apenas ha conseguido difundirse con la amplitud que sería de desear.

El problema básico que sigue planteando esa amplísima región es el de cuál era la organización social y política de las poblaciones existentes en la zona en el momento de la invasión y la conquista árabes. Ello guarda estrecha relación con el nivel y extensión de las transformaciones logradas por los romanos —la “romanización”—; cómo se mantuvieron y qué nivel tenían las estructuras tribales beréberes; si se produjo, o no, un fuerte “resurgimiento” de las mismas tras la crisis del Imperio, etc. En general se ha defendido que esos elementos, que apenas se definen, habrían hecho divergir profundamente durante los siglos III a VII a las sociedades de las dos orillas del Mediterráneo. La cuestión es sin embargo bastante más complicada, ya que al menos por lo que se refiere al norte peninsular en los últimos años algunos autores están defendiendo la perduración de estructuras sociales antiguas que se mantienen de forma no claramente explicada durante el Imperio, pero que resurgen o se “recuperan” después de las invasiones germanas. Y en el Sur está demostrada la huida de campesinos del régimen económico tardorromano y su refugio en la periferia montañosa de este, aunque se ha escrito muy poco acerca de la estructura social que ello debió producir entre esos grupos.

No obstante, raramente entra en la discusión la cuestión de los desarrollos —y si son semejantes o no— del Norte de África, esencialmente por el desconocimiento que ya hemos comentado acerca de ellos. No cabe duda de que buena parte de la responsabilidad de esta ignorancia se debe a los propios investigadores españoles, que sólo en los últimos años han empezado a interesarse por ellas, como se comprueba simplemente comparando el volumen de publicaciones sobre el tema existente en francés y castellano, o el número de investigaciones realizadas en esos países, por franceses y españoles respectivamente, como puede percibirse con claridad en la

Presentación y los agradecimientos incluidos en el Proemio del autor de TINGITANA.

Por todos estos motivos, la aparición en castellano de una obra que intenta sintetizar, a través del análisis de la cultura material, lo que hoy se conoce de esa amplísima región, y de los procesos históricos que tienen lugar entre el Bajo Imperio romano y su integración en el imperio árabe, es sin duda una buena noticia, con independencia del acuerdo o desacuerdo que pueda existir con respecto al enfoque e interpretaciones del autor.

Noé Villaverde aborda el problema desde una visión tradicional: la discusión de si a partir de la crisis del siglo III del Imperio romano se había producido o no, un fuerte retroceso de la “romanidad” en la Tingitana. El autor trata de determinar si hay o no una pervivencia de la “romanidad” de la provincia entre los siglos III y VII. Ello se hace desde el punto de vista, igualmente tradicional en los estudios europeos, de tratar de determinar que rasgos romanos se implantaron (ejército, estructura social urbana, organización de la producción, etc.) y cuales pervivieron tras la desaparición del Imperio. Se centra casi exclusivamente en el ámbito urbano y en los materiales que pueden considerarse inequívocamente “romanos”.

No obstante, como el mismo autor señala, la escasez de datos le ha obligado a trabajar sobre todo el conjunto de documentación existente y sobre un periodo inusualmente largo, que en nuestro país suele dividirse al menos en dos o incluso tres periodos. Este enfoque y las limitaciones señaladas, inevitablemente producen una obra desigual. Su hipótesis de perduración parece sólidamente asentada para el periodo entre los siglos III y V, pero bastante menos para el resto.

Por otro lado, la misma propuesta que defiende incluye considerar como muy irrelevantes a las agrupaciones tribales: “...el poblamiento costero y de llanuras se evidencia aculturado por el exterior, mientras el poblamiento de montañas estepas y confines costeros meridionales persiste semi-bárbaro, aunque determinado por la romanidad. Ello implicó la simbiosis de sociedades dispares, como actualmente las ciudades informatizadas rodeadas de autovías y aeropuertos, coexisten con aldeas sin agua corriente, carreteras o electricidad, donde se hablan dialectos beréberes (...). La conflictividad latente, que a veces la hubo, derivó del contacto de dos ámbitos socioculturales divergentes, lo cual es una innegable constante del país hasta la actualidad. Sin embargo, apenas se señala la convergencia de intereses entre el medio sedentario y el medio tribal que fue posible esencialmente a partir del siglo III y durante el Bajo Imperio. En efecto, las elites tribales, desde el siglo II, se muestran afectas a la romanidad pues esta, como marco de un

imponente mercado, ofrecía importantes márgenes de beneficios socio-culturales y económicos" (p. 372). Pero todas estas afirmaciones se hacen sin analizar los materiales de esas agrupaciones tribales, ni tener apenas en cuenta su estructuración, y como se transformaron, o resistieron (pp. 46-47; 317-319).

Es necesario recordar que esta visión tradicional de la "influencia civilizadora" del Imperio Romano y de los beneficios que proporcionó, olvida la función esencialmente depredadora que tuvo este. Por otro lado la exposición apenas tiene en cuenta la radical incompatibilidad entre organización tribal y Estado, aunque contradictoriamente reconoce la divergencia sociocultural entre ambos. Pero en la exposición no está demasiado claro cómo, si son divergentes, el tribal puede obtener beneficios socioculturales. Una cosa es que las entidades tribales tuvieran que amoldarse todo lo posible ante la imposibilidad de destruir a dicho Estado, y otra que encontraran beneficios en él.

Por otro lado, las referencias al mundo tribal parecen ser poco más que el reconocimiento de la evidencia de que ese mundo existió, ya que va aparecer con fuerza frente a los árabes. Pero falta totalmente un estudio sobre ellos semejante al que se hace sobre los elementos romanos. Ello no es obviamente achacable al autor, pero sí debe tenerse en cuenta que las afirmaciones acerca de las relaciones entre el mundo tribal beréber y el romano en la zona se siguen basando en gran medida, ahora como hace cincuenta años, en lo que cada autor cree que ocurrió.

En consecuencia, puede discutirse el planteamiento de Noé Villaverde desde varios puntos de vista –teóricos, ideológicos, arqueológicos, etc.–, pero lo cierto es que probablemente, en el actual nivel de las investigaciones en la zona, quizá resulte más fácil determinar que era "lo romano", ya que puede compararse con lo existente en el resto del Imperio, y a partir de ahí, identificar lo propiamente indígena. Por otro lado este ha sido el proceso de la investigación en España sobre el mundo ibérico

y romano y después sobre el visigodo, aunque sin duda esa no era la intención de quienes empezaron esos estudios hace ya casi dos siglos. Pero sí es el resultado actual, basta recordar para ello que la historia de los iberos, considerados como un pueblo cuya existencia empezó antes de la existencia de la propia Roma, que tenía su propia dinámica histórica y cuyo desarrollo ineluctable no era necesariamente caer bajo el dominio romano, sólo ha empezado a elaborarse en España en los últimos treinta años.

Volviendo al libro que comentamos, el capítulo de mayor interés, desde nuestra óptica, lo constituye el segundo: *Poblamiento en Tingitana (Siglos III-VII)*, que por otra parte es realmente el núcleo central de la obra, y el que la justifica. Se trata, hasta cierto punto, de una "prospección sistemática" de la región, en la que tomando como unidad de trabajo las áreas geográficas (Campiña de Tánger, valles de los ríos, y las diversas zonas costeras del Norte), se hace acopio de todos los datos arqueológicos conocidos, vinculados de alguna forma al mundo romano y tardorromano. Enorme esfuerzo, de recopilación de materiales y bibliografía, al que hay que añadir los apéndices sobre material arqueológico, que hasta ahora estaba bastante disperso, y buena parte en publicaciones no siempre accesibles.

El autor concluye que se produjo una perduración en el tiempo de la mencionada "romanidad", con diversas etapas, y un lento pero constante retroceso, pero aún vigente en el momento de la conquista árabe. Sería por tanto un proceso paralelo al devenir histórico en la Península Ibérica, con la existencia de una continuidad en las relaciones entre ambas orillas del Mediterráneo, y denuncia que la idea de una neta separación entre ambas es el resultado "*del devenir histórico reciente. El Estrecho de Gibraltar configura hoy una barrera social y económica, entre dos mundos separados por tradiciones culturales y religiosas, cuya oposición remontan a la época medieval*" (p.371).

Vicente Salvatierra Cuenca